

sufrimientos, de detectar sus deseos y de atender sus necesidades, de ofrecerles una amistad profundamente auténtica.

Una espiritualidad de comunión implica también la capacidad de mirar lo que hay de positivo en otros, a fin de darle la bienvenida y valorarlo como regalo de Dios: no solamente como un regalo para el hermano o la hermana que lo ha recibido directamente, sino además como un 'don para mí'. Una espiritualidad de comunión significa finalmente, el saber 'hacer espacio' para nuestros hermanos y hermanas compartiendo 'las cargas de uno y otro' (Gal 6, 2) y el resistir las tentaciones egoístas que nos incitan constantemente y provocan la competencia, la desconfianza y los celos. No nos hagamos ilusiones: a no ser que sigamos esta trayectoria espiritual, las estructuras externas de comunión tendrán un propósito muy pequeño. Se convertirán en mecanismos sin un alma, 'máscaras' de comunión en lugar de medios de expresión y crecimiento." 16

Una tercera actitud que debemos aprender es el espíritu de colaboración que debe marcar todo ministerio pastoral en la Iglesia. La colaboración es básicamente la capacidad de poder trabajar libremente el uno con el otro. Presume la comunicación y la cooperación, dos de sus elementos esenciales. Quizás una definición simple podría ser la capacidad de abrazar conjuntamente una misión común con el fin de enfrentar los problemas que exceden la capacidad de poder enfrentarlos de una persona o de un grupo por sí mismos.

A nivel diocesano, podemos ver cuan importantes son los grupos de parroquias en este esfuerzo de colaboración. La experiencia de tres años de desarrollo de los grupos de parroquias como parte del mecanismo de planificación pastoral diocesano está empezando a producir fruto. ¡Cuán importante es para la Diócesis de Brooklyn tomar lo que los grupos de parroquias han desarrollado como respuestas serias a los desafíos individuales!

A nivel parroquial, es importante que se viva el espíritu de colaboración a fin de que la comunidad local utilice los dones y talentos de sus diferentes miembros para predicar con eficacia el evangelio. A nivel práctico, lo que esto significa es que cada parroquia cuente con consejos de finanzas y pastorales efectivos en donde los representantes de la parroquia pueden colaborar unidos para lograr el trabajo de la Nueva Evangelización.

Otro verdadero desafío es la colaboración espiritual la cual nos forzará a comprender de una manera más profundamente personal, el significado de la visión de san Pablo en la cual todos somos miembros del Cuerpo de Cristo “(Cor. 12, 12-30). Fue esta visión Paulina la que dirigió el trabajo de nuestro Sínodo Diocesano que se llevó a cabo en 1996. El Cuerpo de Cristo tiene varios miembros, todos diferentes, pero todos importantes el uno para el otro. Colaboración significa que el Cuerpo de Cristo trabaje unido en un espíritu de comunión que viene de una donación de sí mismo.

En una carta reciente a los obispos de la Iglesia Católica proveniente de la Congregación para Doctrina y la Fe, titulada La Colaboración de Hombres y mujeres en la Iglesia y en el Mundo, leemos:

“Entre los valores fundamentales que están vinculados a la vida concreta de la mujer se halla lo que se ha dado en llamar la «capacidad de acogida del otro». ... esta intuición está unida a su capacidad física de dar la vida. Sea o no puesta en acto, esta capacidad es una realidad que estructura profundamente la personalidad femenina. Le permite adquirir muy pronto madurez, sentido de la gravedad de la vida y de las responsabilidades que ésta implica. Desarrolla en ella el sentido y el respeto por lo concreto, que se opone a abstracciones a menudo letales para la existencia de los individuos y la sociedad.” 17

Es muy importante el reconocer esto. La implementación de la Nueva Evangelización debe tomar en cuenta el mejorar las relaciones de trabajo y un renovado respeto por las mujeres en la Iglesia. Más de la mitad de los miembros activos de la Iglesia son mujeres y una mejor colaboración entre y con las mujeres es crítica en el trabajo de la Nueva Evangelización.

Una cuarta característica que debe definir nuestro ministerio común, es el deseo de planear nuestro futuro pastoral a nivel parroquial, grupo de parroquias y diocesano. La Carta Apostólica Novo Millennio Ineunte (Al Inicio del Nuevo Milenio) identifica la planificación pastoral como esencial para la vida de la Iglesia y de la Nueva Evangelización. “Es en las Iglesias locales donde las características específicas de un plan pastoral detallado pueden ser identificadas -las metas y los métodos, la formación y el enriquecimiento de las personas envueltas, la búsqueda de los recursos necesarios- que permitirán que la proclamación de Cristo llegue a la gente, moldear las comunidades y tener una influencia incisiva y profunda al llevar los

valores del evangelio a la sociedad y cultura.”¹⁸ Todo este planeamiento debe respetar el principio de subsidiariedad que ha sido tan eficaz y útil en la vida de la Iglesia.

La subsidiariedad significa que, un nivel más alto de la autoridad en la Iglesia nunca debe tomar por sí misma el llevar a cabo algo que se puede lograr a un nivel de responsabilidad más próximo a eso que se pretende lograr. Por ejemplo, la diócesis nunca debe hacer algo que una parroquia puede hacer mejor para ella misma o por sí misma. Al mismo tiempo, la diócesis debe llevar a cabo aquello que las parroquias o los grupos de parroquias no pueden realizar por sí mismos. Concretamente, las agencias diocesanas existen para servir las parroquias y no de la otra forma. Estas agencias deben asegurarse de que todo cuanto hacen apoya y promueve el trabajo de las parroquias porque es en las parroquias donde la Nueva Evangelización tiene lugar. Por lo tanto, nuestras agencias diocesanas deben esforzarse en última instancia por proporcionar los recursos y las herramientas necesarias para que los equipos parroquiales puedan llevar a cabo con eficacia la Nueva Evangelización.

Quinto, debemos tener una actitud de diálogo, honesto, abierto y continuo en todos los niveles en la Iglesia. Diálogo significa el escuchar las necesidades de todos nuestros compañeros en la fe, y todos los que forman parte de la tradición católica, pasada y presente. También significa el encontrar espacio en nuestra Iglesia para todas las expresiones válidas y legítimas de la fe. Obviamente, debemos escuchar de una manera especial el Magisterio y la autoridad de la enseñanza de la Iglesia. Nada de lo que hacemos en el nombre de la Nueva Evangelización debe socavar nuestra fe o lo que enseña la Iglesia. También, debemos presumir una buena voluntad de querer compartir nuestra tradición católica dentro y fuera de nuestra comunidad de fe. Compartir y dialogar no significa el comprometer nuestra fe. Sino, que es el intercambio honesto de ideas que nos conduce a un conocimiento más profundo de la verdad.

Dentro de la Iglesia, fortalecemos nuestro testimonio y compromiso comunes con el evangelio convirtiéndonos en mejores oyentes.

Con otros cristianos en un espíritu ecuménico, compartimos lo que creemos a fin de que tanto ellos y nosotros podamos llegar a un conocimiento más

perfecto de Cristo.

Tenemos a nuestros hermanos y hermanas de fe judaica, a quienes vemos como el pueblo de la Alianza y con quienes tenemos una gran deuda como nuestros hermanos y hermanas mayores en la fe de Abraham. Esperamos desarrollar nuevas formas de respetarnos y de protegernos unos a otros, el poder colaborar en una mejor comprensión de nuestra fe bíblica y compartir acciones comunes que fluyen de nuestra fe.

Las personas de otras tradiciones religiosas son numerosas en Brooklyn y Queens, sean seguidores del Islam, seguidores de Buda u otras tradiciones religiosas. Ellos también deben de ser nuestros compañeros en respecto mutuo y diálogo.

Debemos dialogar de una nueva manera con nuestra cultura secularizada y los medios de comunicación que la forman. Nuestra cultura secularizada es quizás, el desafío más grande para la Nueva Evangelización. La cultura se puede definir como los valores, la creencia y las estructuras sociales que organizan y le dan significado a nuestra vida común como sociedad. Cuando una cultura se seculariza, intenta eliminar todas las creencias y los valores religiosos de la vida ordinaria. Secularización en última instancia lleva a una exaltación de uno mismo y a una indiferencia de nuestra relación con Dios.

Como cristianos, creemos que una cultura secularizada, desprovista de Cristo, está tratando de hacer lo imposible, debido a que el poder y el amor de Cristo bendijeron y transformaron toda la vida humana con la presencia de Dios. Por lo tanto, nuestros esfuerzos por evangelizar nuestra cultura deben comenzar con nuestro propio testimonio de amor, de perdón y de respecto por la vida humana la cual manifestará la verdadera presencia de Cristo a todos. Si no podemos encontrar un lenguaje apropiado para explicarle el significado del evangelio a quienes han abrazado los valores de nuestra cultura secular, entonces habremos ciertamente fallado. Debemos identificar las características en nuestra cultura que la hacen insensible a las enseñanzas de Jesucristo. Con paciencia, dirección, y sobre todo con caridad, debemos verdaderamente de dialogar con y cambiar la cultura de la cual también somos una parte.

La meta de la Nueva Evangelización es el desarrollo de una nueva cultura secular, mediante la transformadora

donación de uno mismo lo cual es el regalo de cada cristiano a la sociedad. Esta donación de uno mismo ocurre especialmente en los lugares de trabajo.

Si entendemos la cultura como el cultivo de cada persona humana en la libertad para alcanzar un mayor conocimiento y dominio de si mismo, entonces los cristianos en el lugar de trabajo pueden ayudar a invertir la tendencia al secularismo y ayudar a crear una cultura verdaderamente secular y cristiana. Nuevamente, el secularismo debe de ser transformando en secularismo cristiano, el cual es esencialmente Cristo céntrico. Fluye del mismo libre sacrificio de Cristo por el mundo pasado, presente y futuro. "Todas las épocas le pertenecen a él" como decimos en la Vigilia Pascual.

La cultura es sagrada al igual que secular. No debe haber conflicto para que el cristiano viva en una cultura secular mientras que la cuide de no convertirse totalmente secularizada, o desprovista de fe y de moralidad. No debemos juzgar nuestra cultura secularizada como algo ajeno a nosotros mismos. Por el contrario, formamos parte de nuestra cultura social y deberíamos serlo. Sin embargo esto no significa que no busquemos transformarla a la luz de nuestra fe, especialmente en lo que al significado y dignidad a la persona humana revelada por Jesucristo se refiere. Ésta es la gran responsabilidad de la Nueva Evangelización al inicio del tercer milenio en la formación de una nueva cultura global o la "globalización de la solidaridad,"¹⁹ como el Santo Padre ha sugerido.

Finalmente, debemos desarrollar una actitud de oración y apertura a la gracia del Espíritu Santo. La realidad es que el Espíritu Santo, el Espíritu de Jesucristo, es el evangelizar primario. Somos meros instrumentos en las manos del Espíritu Santo, de modo que la centralidad de Cristo se convierte en la marca y la clave de la Nueva Evangelización. No es nuestro propio trabajo, sino Cristo quien trabaja a través de nosotros y mediante el poder del Espíritu Santo en quien confiamos. Nuestra fuente primaria de fuerza para realizar este trabajo puede solamente fluir de una vibrante y ferviente relación de oración con Jesucristo. Por lo tanto, en la medida en que emprendemos nuestros esfuerzos por la Nueva Evangelización, debemos redoblar nuestro empeño en desarrollar nuestra relación personal con Jesucristo. Solamente de esta manera podremos cumplir con el mandato de Cristo de ir y bautizar a todas las naciones en Su nombre.

¿Hacia donde nos conduce la Nueva Evangelización?

Al final, ¿hacia dónde nos conducirá esta Nueva Evangelización como diócesis? No nos conducirá a crear un plan maestro o un nuevo programa. En su lugar, nos conducirá a edificar el Reino de Dios en medio de nuestra realidad. Es un Reino inseparable de la persona de Jesucristo y su Iglesia como Redemptoris Missio (La Misión del Redentor) nos dice, “sobretudo.... El Reino se manifiesta en la misma persona de Cristo, Hijo de Dios e Hijo del hombre, ‘quien vino a servir y dar su vida como rescate por muchos’ (Mc 10, 45). El Reino de Dios no es un concepto, una doctrina, o un programa sujeto a la libre interpretación, sino que es ante todo una persona con el rostro y el nombre de Jesús de Nazaret, la imagen del Dios invisible. Si el Reino se separa de Jesús, no es el Reino de Dios que él reveló. El resultado es una distorsión del significado del Reino...”²⁰ Es un Reino en el cual hay algo nuevo y viejo (Mt 13, 52), un Reino que se ha comparado con la red que recoge buenos y malos peces (Mt 13, 47-48), un Reino que no pertenece a este mundo pero que está dentro de él y que alcanzará su cumplimiento definitivo en el mundo venidero.

Así, nuestras metas son principalmente espirituales, que la Iglesia pueda madurar como comunidad de fe en todos los niveles, y que la fe ilumine el significado básico y el compromiso a la persona de Cristo y su Evangelio. Sin esto, todos nuestros esfuerzos de evangelización fallarán y no tendrán ningún significado verdadero. Debemos, sin embargo, desarrollar un nuevo celo y un nuevo propósito compartido de predicar el Evangelio con eficacia en nuestro mundo contemporáneo. Nuestro celo debe superar nuestros temores, ansiedades e incluso insuficiencias. Nuestro celo es por lo que vamos a ser recompensados independientemente de cuanto suceso o no hayan tenido nuestros esfuerzos.

Debemos tener una resolución unida para responder a los problemas que ahora enfrentamos como Iglesia. Ninguno de nuestros esfuerzos producirá fruto si no los llevamos a cabo en el nombre del Señor y buscamos siempre su ayuda. En última instancia, debemos ser señal de esperanza para todas las personas de buena voluntad que buscan la verdad revelada en Jesucristo.

Conclusión

Es el Señor mismo quien nos sostiene. Es con la ayuda del Señor que juntos podremos “remar hacia aguas más profundas” y enfrentar el desafío de la Nueva Evangelización en nuestra diócesis, nuestra ciudad y en el mundo.

Con la ayuda del Dios, confiando en Espíritu Santo, le confiamos la misión de la Nueva Evangelización a la Santísima Virgen María, bajo el título de Nuestra Señora de Guadalupe. Fue por su intercesión y aparición al recién bautizado, el indio San Juan Diego más de cinco siglos atrás, que la Nueva Evangelización de América tomo lugar. Con su intercesión, la Nueva Evangelización puede ser eficaz y producir fruto. A ella le confiamos con filial dedicación la Iglesia en el nuevo milenio, como instrumento para la Nueva Evangelización. Es ella la Estrella del Mar, nuestra guía, mientras “remamos hacia aguas más profundas”

Nicholas DiMarzio, Ph.D., D.D.
3 de octubre del 2004
Primer aniversario de Instalación Episcopal
Brooklyn, New York

Bibliografía

1 Instrucción Dominus Iesus, Congregación para la Doctrina de la Fe, (6 de agosto, 2000), par. 4.

“Cuando las palabras y las experiencias de evangelización no están cimentadas en la Persona de Cristo, existe el peligro del relativismo. La constante proclamación misionera de la iglesia se ve amenazada por teorías relativistas las cuales buscan justificar una religiosidad pluralista, no solo de facto pero además de iure (o en principio). Como consecuencia, se afirma que algunas verdades ha sido superadas; por ejemplo, el definitivo y completo carácter de la revelación de Jesucristo, la naturaleza de la fe cristiana en comparación con las creencias de otras religiones, la inspiración de los Libros Sagrados, la unión personal entre la Palabra Eterna y Jesús de Nazareth, la universalidad del misterio de Jesucristo, la universalidad de la mediación de la salvación de la iglesia la inseparable – reconociendo la distinción- del Reino de Dios, el Reino de Cristo y la iglesia, y la subsistencia de una iglesia de Cristo en la iglesia Católica.”

2 Juan Pablo II, Encíclica Redemptoris Missio, (7 diciembre, 1990), par. 5.4.

3 Ibid, par. 10.1.

4 Juan Pablo II, Exhortación Apostólica Pastores Gregis, (16 de octubre, 2003), par. 27.

5 Cardenal Karol Wojtyla, Fuentes de Renovación, Harper and Row, 1980, p. 17.

6 Juan Pablo II, Pastores Gregis, par. 3 y 27.

7 Pablo VI, Exhortación Apostólica Evangelii Nuntiandi, (8 de diciembre, 1975), no. 14.

8 Cardenal Theodore McCarrick, “El llamado a la Nueva Evangelización” en Ministerio a Través de la Óptica de la Evangelización, (Washington, DC: Secretariado para la Evangelización, USCCB, 2003), p. 6.

9 Juan Pablo II, Redemptoris Missio, (par. 72).

10 Juan Pablo II, Pastores Gregis, par. 5.

11 Juan Pablo II, Encíclica Dominum et Vivificantem, (18 de mayo, 1986) par. 65 y la Carta Apostólica Tertio Millennio Adveniente, (10 de noviembre, 1994), par. 54.

12 Avery Dulles, “Teología de la Evangelización,” Revista First Things, Marzo 1996, p. 27-32.

13 Dominus Iesus, Congregación para la Doctrina de la Fe, par. 7.

14 Ibid.

15 Instrucción Erga Migrantes Caritas Christ, Consejo Pontificio para el Cuidado Pastoral de los Emigrantes y Personas Itinerantes, (14 de mayo, 2004), par. 39.

16 Juan Pablo II, Carta Apostólica Novo Millennio Ineunte, (6 de enero, 2001), par. 43.

17 Carta a los obispos de la Iglesia Católica sobre La colaboración de los Hombres y Mujeres en la Iglesia y el Mundo, Congregación para la Doctrina de la Fe (31 de julio, 2004), par. 15.

18 Juan Pablo II, Novo Millennio Ineunte, par. 29.

19 Juan Pablo II, Exhortación Apostólica Ecclesia in

America, (22 de enero, 1999), par. 55, y Pastores Gregis, par. 63.

20 Juan Pablo II, Redemptoris Missio, par. 18.

Pastoral letters are published in The Tablet and other news media, in addition to being available on this Web site.

[Back To Top](#)

[Welcome Letter](#) | [Bishop's Statement](#)

Quick Find



Search

©2008. Roman Catholic Diocese of Brooklyn | [Contact Us](#)